



## ESPIRITUALIDADES EN DIALOGO EN PLENO SIGLO XXI (Espiritualidad Anabautista-Menonita en Diálogo con Otras Tradiciones)

### Introducción:

John Howard Yoder, hace algunos años a tras, observó que los movimientos de reforma radical generalmente han tendido a tomar la forma inversa de las deficiencias que éstos percibían en la Iglesia, y que intentaban reformar.

Por ejemplo, en una situación donde la Iglesia se definía en términos de una “comunidad sacramental”, los radicales muchas veces fueron tentados a prácticamente eliminar el concepto sacramental de su eclesiología en sus esfuerzos por recuperar una visión y vivencia más dinámica y más salvíficamente encarnada en la realidad actual.

En su reacción frente a lo que consideraban una liturgia “idolátrica” (Conrado Grebel comparaba partes del canto en la catedral en Zurich, con “el ladrido de los perros”) el culto de los Anabautistas, en general, quedó privado, en buena parte, del poder de símbolos para comunicar la gracia y el amor de Dios. Y en esto, los Anabautistas, sin duda, no fueron los únicos a través de la historia que se han empobrecido en este aspecto.

Roland Bainton, el renombrado historiador norteamericano de la generación pasada, ha sugerido que la tragedia mayor que sufrió Martín Lutero consistió de no haber tenido Anabautistas con quienes tener que relacionarse y dialogar en la búsqueda de algún grado de convivencia.

Por otra parte, en su reacción frente a un énfasis casi exclusivo en el concepto de la “justificación por la fe sola, sin obras”, con el conocido bajón de moralidad que resultó tras la reforma luterana, algunos grupos anabautistas enfatizaron tanto la “obediencia”, con el resultante legalismo, que prácticamente llegaron a una especie de parálisis moralista. Y en muchas congregaciones Menonitas ésta condición duró por más de una generación.

En la conclusión de su librito de estudio, *De Semilla Anabautista*, Arnold Snyder ha empleado la figura de una “vendimia” para reflexionar sobre estas cuestiones. Dice, “no puede esperarse que una semilla sola pueda llenar toda la viña de Dios. Una variedad de uva no puede proveer todas las clases de vino, desde el dulce al seco, desde el tinto al blanco.” Y luego, se pone a considerar “la semilla y el fruto anabautista en el contexto de su cultivo en la viña de Dios.”

En el siglo XVI hubo la convicción que sólo había una verdad y ésta estaba contendida en sólo una tradición. Por eso las iglesias establecidas, que se creían estar en posesión de esta verdad, perseguían a muerte a los movimientos reformistas que osaban cuestionar su autoridad. Claro está, estos movimientos también, una vez consolidados, tendían a asumir una actitud semejante en relación con sus adversarios.

Gracias a Dios, y en parte debido a los aportes de algunos de estos movimientos de reforma radical que pensaban que Dios podría aun seguir revelándose y que podríamos descubrir verdades nuevas de su

Santa Palabra, estamos aprendiendo a apreciar los diferentes dones y legados conservados en todas las tradiciones cristianas. Y claro está, entre estos, los herederos de la tradición anabautista también tenemos elementos importantes que aportar al dialogo y, a la vez, aprender de otros. Notemos algunos elementos de importancia que deben estar en la agenda de temas para este dialogo.

1) Pneumatología Vital: En el contexto de la cristiandad establecida en el siglo XVI, fuera católica o protestante, recuperar una experiencia viva de la poderosa intervención del Espíritu de Dios en la vida común, al igual que personal, resultó vivificante para los Anabautistas. La experiencia de tres bautismos: (del Espíritu, en agua, y de sangre) simbolizaba la profundidad y la intensidad de su encuentro con Dios y con sus semejante, no solo en los comienzos de este movimiento, sino a través de toda su vida y misión.

Pero claro está, hemos tenido que aprender mucho de esto de nuevo, y por medio de los aportes de otros. Todavía me acuerdo de algunas de las tensiones producidas entre algunos de los Menonitas en Argentina de hace treinta y cinco años atrás. De Pentecostales y Carismáticos habíamos vuelto a recordar, y experimentar de nuevo, ciertos aspectos de nuestra propia tradición, que hacía tiempo habíamos prácticamente olvidado.

2) Autoridad e Interpretación Bíblicas: En una cristiandad donde la tradición establecida había llegado a reconocer la autoridad prácticamente absoluta del magisterio de la iglesia en cuestiones que requerían discernimiento e interpretación, el acercamiento anabautista a la interpretación bíblica en forma comunitaria sería prácticamente inaudita. En la historia de la iglesia establecida habían sido sus controversias con disidentes que, en gran parte, condujeron a esta dependencia casi exclusiva sobre el magisterio. Para los Católicos esta función la cumplieron los obispos y, luego, en última instancia, el obispo de Roma, el Papa, y entre los Luteranos y otros grupos protestantes, fueron los profesores de teología en sus universidades y el clero, en general.

Por su parte los Anabautistas pensaban que se podría conocer la voluntad de Dios en la medida en que (1) una comunidad de discípulos, dispuesta a conocer y obedecer la voluntad de Dios para su vida, (2) escudriñaba las Escrituras, bajo (3) la inspiración y dirección del Espíritu del Cristo presente en su medio, a fin de ponerla por obra.

3) Eclesiología: En un contexto en que la iglesia era concebida en términos algo estáticos y ontológicos, como “comunión sacramental”, o como “locus” de verdadera proclamación evangélica como custodio de sana doctrina y culto, “donde la palabra es predicada en verdad y los sacramentos celebrados correctamente” (como Lutero y Calvino insistían al señalar las notas de una iglesia verdadera), la visión anabautista era realmente atrevida. Ellos la veían como esa comunidad autorizada para interpretar las escrituras a fin de cumplir la “regla de Cristo”. Hay indicaciones que esto, mas bien que haber llegado a la edad cuando uno es capaz de tomar una decisión propia, sería el primer requisito para que un creyente pudiera ser bautizado (Hubmaier y Grebel).

Los Anabautistas necesitaban listas de “notas” más largas para sus definiciones de una iglesia verdadera. La lista de Menno es un ejemplo: (1) La enseñanza salvífica y no adulterada de la Palabra, (2) el uso escritural de los sacramentos, (3) la obediencia a la Palabra de Dios manifestada mediante la santidad de vida, (4) un amor sincero y no fingido para los demás, (5) la confesión fiel del nombre, la voluntad, la palabra, y la ordenanza de Cristo “frente a toda crueldad, tiranía, tumulto, fuego, espada, y violencia del mundo,” y (6) la cruz de Cristo libremente asumida por todos sus discípulos mediante su testimonio y su palabra.<sup>1</sup>

4) Soteriología y Cristología: Para los Anabautistas la salvación no descansaba solamente en la fe del creyente. Las frases claves en la Confesión de Schleithem, por ejemplo, eran “andar en la resurrección de Jesucristo” y “la obediencia de la fe”. Según esta visión, la salvación es fundamentalmente relacional y no puede divorciarse de la ecclesiología. La salvación debe incluir una vida semejante a Cristo vivida en comunión en el contexto de la comunidad (tanto con Dios como con el semejante). Se nota en la soteriología de Miguel Sattler, por ejemplo, una síntesis de elementos protestantes y católicos. Pero, en el fondo, esta visión comunitaria de salvación no era ni católica ni protestante, sino netamente anabautista. La salvación es personal, sí, pero la salvación no es puramente individual, en el sentido de poder experimentarla independientemente y de forma

---

<sup>1</sup> Leonard Verduin, traductor, y J. C., Wenger, editor, *Complete Writings of Menno Simons*, Scottdale, PA: 1956, pp. 739-741.

aislada de la comunidad de la fe. Reconciliación con Dios acompaña a una reconciliación con nuestros semejantes.

En un ambiente en que a Jesús se le conocía principalmente como “el Salvador que muere” y como “el Juez que viene”, los Anabautistas le confesaban también como “el Señor a ser seguido” en toda la vida. Es más, sólo así se podía realmente conocerle a Cristo. De nuestra cristología se desprenden nuestros conceptos y prácticas del “discipulado”.

5) Paz y Justicia: A partir de la síntesis constantiniana y la subsiguiente articulación agustiniana de una teoría de “guerra justa”, el testimonio de la iglesia no ha sido unívoca. No hemos podido hablar con una sola voz ante el mundo. La cristiandad, de una u otra manera establecida, se preocupa, en el mejor de los casos, en aclarar cuándo y bajo qué circunstancias cristianos podrían participar en conflictos bélicos, sin incurrir en culpabilidad, y así limitar, en principio, por lo menos, la violencia entre los cristianos. Sin embargo, no siempre ha sido así. Entre todos los Padres de la iglesia primitiva, cuyos escritos han llegado hasta nosotros, no hay ninguno que haya justificado la participación de cristianos en la guerra. La iglesia pre-constantiniana, en su inmensa mayoría, y luego, los Movimientos Radicales, después de Constantino hasta nuestros propios días, se han pronunciado, de palabra y de hecho, en contra de toda forma de violencia de parte de los cristianos.

En este tema las iglesias de la “corriente principal” generalmente han reconocido su deuda con los “radicales” y esperan de nosotros testimonio y obras que conducen a la restauración de la paz y la justicia. El desafío ante nosotros en estos tiempos es poder nutrir y sostener esta visión entre nuestros propios hermanos y hermanas. Durante la reciente prueba por donde hemos pasado en los EE. UU. se ha puesto de manifiesto, de nuevo, que ni los Menonitas hablamos con una sola voz en estas cuestiones, y que las diferencias no se limitan meramente las divisiones denominacionales formales. Este diálogo es necesario en niveles intra-denominacionales y hasta intra-congregacionales, al igual que entre congregaciones y entre toda la familia de denominaciones.

En mis andanzas he observado que si bien es posible conservar una ideología de paz, aun con la ausencia de una práctica concreta de estas ideas, probablemente sea imposible conservar una auténtica teología de la paz en ausencia de una vivencia concreta de la paz. He aquí una diferencia fundamental entre ideología y teología. A mí se me ocurre que hacer teología con autenticidad tiene que ver realmente con la articulación de verdades vividas, a fin de comprenderlas y vivirlas con mayor fidelidad y a fin de poder comunicarlas en nuestra misión evangelizadora.

6) Sentido de Vocación Misional: Probablemente uno de los aportes más originales de los Anabautistas del siglo XVI era su concepto de bautismo como comisión a participar en la misión de Dios en el mundo. Los Anabautistas primitivos serían la primera comunidad eclesial en más de 1000 años (desde Constantino) en relacionar de manera explícita y estrecha sus votos bautismales con su vocación misional como iglesia. Y a diferencia de las órdenes misioneras dentro del Catolicismo Romano, donde la comisión misional estaría limitada a los que habían recibido “órdenes” de la iglesia, los Anabautistas fueron la primera comunidad eclesial (desde Constantino) en aplicar la gran comisión a todos los miembros de la comunidad de fe en base a sus votos bautismales, restaurando así la visión y las prácticas misionales de la iglesia primitiva.

Durante el siglo pasado, Menonitas pudieron recuperar algo de su visión misionera, perdida hacía mucho, no tanto porque recuperaron su carácter radical enraizado en su historia, sino a través del aporte de otras corrientes de avivamiento ocurriendo para entonces en los EE. UU. Ha sido solo después de muchos años que esta visión se ha podido profundizar y echar raíces de nuevo mediante una re-lectura bíblica e histórica colocándonos de nuevo en una posición de dar, igual que recibir, con algún grado de integridad, en este proceso de diálogo inter-eclesial de que hemos venido hablando.

Otro desafío ante los herederos de los Anabautistas es recuperar las dimensiones evangelizadoras de su vida caracterizada por la justicia y la paz de Dios. Probablemente debido a nuestra tendencia a escuchar lo que dicen otras tradiciones, más que volver a una lectura radical de las Escrituras, hemos colocado la justicia y la paz en el paquete de la ética cristiana, en lugar de dejarlas en el amplio paquete de las buenas nuevas del evangelio, tal como están en el Nuevo Testamento. Allí el evangelio es un evangelio de paz.

Para comunicar auténtico evangelio es preciso amar a nuestros enemigos, tal como Dios ama a sus enemigos. Aquí encontramos lo escandaloso en la misión de Jesús que vino proclamando el Evangelio de la paz a los

excluidos, los desheredados, y los marginados, en fin, a todos aquellos tenidos por enemigos de Dios. Aquí los herederos de los Anabautistas aun tenemos mucho que aprender de nuestros hermanos radicales que participan en muchas tradiciones diferentes, pues Dios no tiene nietos.

Conclusión: En nuestra convivencia actual con nuestros hermanos y hermanas en la gran familia de la fe no tenemos el lujo de poder elegir a nuestros antepasados. Todos somos herederos de una tradición u otra. La vida y misión universal de la iglesia será tremendamente beneficiada cuando todas las tradiciones traen sus aportes a la mesa.

En una conversación, hace muchos años atrás, René Padilla compartió su parecer que nuestra comprensión teológica habrá de ser completa recién cuando todas las partes de la iglesia en todo el orbe hayan podido aportar sus perspectivas y experiencias de la gracia de Dios y su intención para la restauración de la humanidad caída, como también la creación entera.

Las preguntas más candentes ante Menonitas en nuestros tiempos, supongo, son éstas, (1) ¿Qué aportes más necesitamos oír de parte de nuestros hermanos y hermanas que ellos han experimentado en sus vivencias de los propósitos de Dios entre ellos? (2) ¿Qué aportes esperan nuestros hermanos y hermanas de nosotros y de nuestras vivencias de los propósitos de Dios en nuestro medio? (3) ¿Cómo podemos todos participar más fielmente en los propósitos salvíficos de Dios, como co-partícipes con él en su misión en el mundo?